

silvestres, las zarzas, los solanos, las adelfas, el lentisco y otras hijas naturales de la tierra, que formaban un rústico vergel para recreo de los pájaros cantadores, de las gallinas busca-vidas, y de unos tímidos y silenciosos conejos caseros, que llevaban todos allí una vida de príncipes.

A la espalda de la casa, la parra que habia perdido los sostenes del emparrado, se habia agarrado á los hierros de una ventana para trepar, sin miedo de la podadera, como una volatinera, al tejado, miéntras dejaba colgar como lo hace el sauce, otras de sus ramas en las que bailaban las ligeras pespitas sirviéndoles sus colas de balancin ; daba con sus ramas menores, sombra á los nidos de las golondrinas, que agradecidas le contaban con su gran verbosidad maravillas de lejanas tierras. Las malvas crecian por todas partes ofreciendo sus buenos y suaves servicios como hermanas de la caridad. Las amapolas, á quienes preguntaba el viento si lo querian, respondian moviendo sus ruborizadas cabezas, que no, que no.

Los gorriones se peleaban sin reparo y con insolentes pitidos delante de los comedidos y finos palomos que huian al tejado escandalizados. Los conejitos formaban círculo como convidados á un festin al rededor de los desperdicios de la verdura de la olla, que les habia tirado la casera. Las gallinas se apresuraban á acudir al llamamiento del gallo que habia encontrado una mina en las barreduras de la cuadra.

Entre las matas pastaba silenciosa y grave una burra blanca, que era la decana de aquella colonia, sin cuidarse de las carreras y saltos, con que gozaba á su lado su precioso ruchillo, del brevísimo ocio concedido á la miserable existencia de este tan inofensivo, manso, paciente cuanto infeliz animal.

Una porcion de niños que venian á unirse á los del casero, reian, jugaban y cantaban sin freno y á su albedrío, como crecian allí las plantas, sin estorbar y sin ser estorbadas por nadie.

Formaba, pues, todo lo referido el mas completo desórden, mas no el desórden que constituye en la vida ordinaria un vicio, que como la polilla es muy pequeño, pero que así en las cabañas como en los palacios causa grandes estragos, que en los negocios es la ruina y en las ideas el enemigo de la lógica y del buen sentido, sino aquel que en la naturaleza es un encanto mas, como es en los niños una gracia mas su misma torpeza y confusion de ideas.

Pero el mas bello comensal de aquel lugar era un grandioso moral. Aquel árbol magnífico, encumbrado como un rey, elevado y majestuoso como un patriarca, rico, pródigo, lozano y airoso, como un jóven caballero, digno y firme como un anciano hidalgo, se hallaba situado al lado de un pozo, cuyo brocal habia caido por tierra. Formaba así caido un lecho para solaz de la yedra cuyas ramas habian trepado por el tronco del moral hasta enlazarse con las suyas formando una espesa selva negra para ocultar los nidos de los pájaros.

El casero y su familia formaban en medio de esto una pacífica colmena : así es que el que veia medrar á la colonia, á la colmena y al verjel de aquella perdida y desatendida hacienda, podia convencerse de que Dios y la naturaleza no conocen lo que el hombre débil, inconstante, cruel é inexorable ha creado, y nombra . . . abandono.

FERNAN CABALLERO.

SOBRE LA FORMA REPUBLICANA.

SEÑORES diputados, me levanto como siempre con una gran desconfianza de mis fuerzas y con una gran confianza en mi causa. Si atendiera á lo decisivo de vuestros propósitos, á lo irrevocable de vuestros votos, debiera levanta-

tarme profundamente descorazonado. La monarquía es para mí la injusticia social, y para mi patria la reacción política. La monarquía va á vencer. La república, no puedo pronunciar esta palabra sin conmoverme profundamente; la república es para mí la justicia social y para mi patria la libertad política. Sin embargo, la república va á ser vencida. Jamás ninguna idea se planteó con tanta claridad ni se impuso con tanta fuerza como se ha planteado aquí y se ha impuesto la idea republicana. Jamás los entendimientos de sus enemigos fueron mas ciegos á esa luz, ni las voluntades mas rebeldes á esa fuerza. No importa. Esa idea os mantiene, esa idea os ilumina, esa idea os vivifica, esa idea cae sobre todos vosotros, si no la luz, el calor del sol sobre los tristes y cerrados ojos de un ciego.

La sociedad es una guerra permanente entre las ideas y los intereses. Las victorias parciales, las victorias del momento son todas para los intereses; las victorias definitivas, las victorias totales son todas para las ideas. Pues aquí la causa vencida es la causa de la razón universal; es la causa del espíritu humano, ó si quereis otro lenguaje místico, es la causa de la Providencia, es la causa de Dios. Vuestros votos se dirijen contra el espíritu del siglo como las flechas de ciertos pueblos bárbaros del interior del Africa se dirijen contra el cielo. Pero así como aquellas flechas caen sobre los mismos que las arrojan, vuestros votos caerán sobre vosotros, y tarde ó temprano, definitivamente, triunfará la república.

Como el tiempo tiene tres épocas: pasado, presente y porvenir; como el pensamiento tiene tres fases: tésis, antítesis y síntesis; como el universo tiene tres fuerzas: atracción, repulsión y armonía; la sociedad tiene tres partidos: el partido de los sacerdotes, que es el partido de ayer, que es el partido de los recuerdos; el partido de los hombres de Estado, que es el partido de los intereses,

el partido conservador; y el partido de los profetas, de los mártires, que es el partido del porvenir, que es el partido republicano.

Así como vosotros los reaccionarios conociais las viejas creencias, donde las viejas sociedades se agarran; así como vosotros, conservadores, conocéis los intereses del momento en que se agarran vuestras soluciones; nosotros los demócratas conocemos las altas é inaccesibles cimas donde se agarran las grandes tempestades que purifican la atmósfera y fecundan la tierra. La escuela democrática anunció que la Italia resucitaria cuando Italia estaba yerta como la Julietta de Shakspeare en su sepulcro de mármol; é Italia resucitó. La escuela democrática anunció que en el conflicto americano la república saldría fuerte, rota la esclavitud. Tended vuestros ojos allende el Atlántico, y veréis aquella república con las cadenas de tres millenes de esclavos rotas á sus plantas, y en sus manos las fórmulas luminosas del porvenir que se reflejan como una esperanza en la vieja Europa cansada de sus podridos reyes. La escuela democrática anunció que en el conflicto alemán el Austria sería vencida, porque el Austria representaba la reacción política y la esclavitud de Hungría y de Venecia. Y el Austria fué vencida. La escuela democrática anunció que en la grande y extraordinaria lucha de Méjico, las tropas francesas no podrian borrar con sus bayonetas el hecho capital de nuestro siglo: la independencia de América. Y las tropas francesas, siempre vencedoras, volvieron de Méjico desangradas y confusas. La escuela democrática anunció que el descendiente de Carlos V y de Isabel la Católica, que el representante de la monarquía, que el representante de la conquista, que el representante del absolutismo no podría restaurar allá en América la monarquía, ni impedir la república, y el cadáver de Maximiliano se extendía entre las riberas republicanas de América y las riberas monárquicas de Europa como se extiende

el cadáver de Carlos I entre la vieja y nueva Inglaterra, como se extiende el cadáver de Luis XVI entre la vieja y nueva Francia.

E. CASTELAR.

EXHORTACION AL EJERCICIO DE LA ELOCUCION
ESPAÑOLA.

Si hubo tiempo en que se haya escrito en España con algun acierto, como ciertamente lo ha habido, ninguno mas apropósito que el que hoy logramos, para poder escribir con la mayor perfeccion. España, siempre fecundísima de los mayores talentos, los produce hoy iguales á los que en otro tiempo, esto es, iguales á los mayores del mundo. La que dió maestros á Roma, cuando fué mas sabia y elocuente, los pudiera hoy dar á todo el orbe, si sus ingenios se instruyesen y cultivasen debidamente. Con razon me duelo que en el arte del decir no procuremos, no solo igualar sino tambien exceder á las demas naciones; y mas, siendo tan notoria la ventaja que nuestro lenguaje hace á los extraños. Tenemos una lengua expresiva, en extremo grave, magestuosa, suavísima y sumamente copiosa. Fuera de todo esto, llegaron ya las ciencias en Europa al mayor auge que nunca. Todos tuvieron sus veces; todas nos dejaron sus ideas en varios siglos, para que fuese el nuestro mas sabio. El que medió entre Orfeo y Pitágoras, fué poético; entre Pitágoras y Alejandro, filosófico; entre Alejandro y Augusto, oratorio; entre Augusto y Constantino, jurídico; entre Constantino y San Bernardo y Leon X., escolástico; entre Leon X. y nosotros, físico y crítico: de suerte, que en nuestra edad se manifiesta la naturaleza y la antigüedad. Siendo, pues, certísimo que la fuente del escribir es el saber, para escribir ¿qué tiempo hay mas á propósito que este, en que mejor se

puede saber? ¿Pues qué embarazo hay que nos impida adelantar el paso hácia la verdadera elocuencia? Ea, procuremos lograrla, así por la propia estimacion, como por no pasar por la ignominia de ser inferiores en tan excelente calidad á las naciones estrañas. Cierta es la competencia con las mas cultas de Europa: superiores son nuestras armas, quiero decir nuestra lengua, si la manejamos tan bien como nuestros mayores la espada. No es muy incierta la esperanza de conseguir la victoria, como á la diligencia de los extraños corresponda la nuestra. Fué elocuentísima Atenas, quiso competirle Roma; pero no la pudo igualar, así porque no fué tan sabia, como porque la lengua no era tan expresiva y copiosa. La nuestra lleva una gran ventaja á las europeas todas. ¿Qué falta, pues, sino superar á los extraños, ó á lo ménos, igualarlos en el saber y uso? Esto se podrá conseguir, si parte del tiempo que se gasta en espinosas cuestiones, que ántes lastiman que mejoran el entendimiento humano, honestamente se emplea en mas fructuosos asuntos: si solamente se imitan los que supieron hablar: si se procura imitar con intencion de vencer, como con grande acierto imitó Platon á Cratilo y Arquitas: Ciceron á Craso y Antonio: si se procura, digo, imitar, fijando mas la mente en la perfeccion universal que quiere el arte, que en la particular observacion del artificio de alguno: de suerte, que el orador no haga lo que el ignorante zapatero, que por diestro que sea, no sabe trabajar sin horma; sino lo que el ingeniosísimo Xeuxis, que habiendo de pintar la imágen de la bellísima Helena, no quiso escoger por ejemplar una sola niña, aunque muy hermosa; sino que, fecundando su idea con la hermosura de cinco de las mas bellas vírgenes que á la sazón habia en la ciudad de Croton, logró ser émulo de la naturaleza misma, con tanta gloria suya, que me persuado que casi hubiera habido tanto número de París, cuantos fueron á ver aquella segunda Helena, á no robar sus potencias un tan extraño prodigio. Así pues, el que desee formar una perfectísima idea de la verdadera elocuencia, con juicio atienda á la inven-

cion de Gracian, agudeza de Vieira, erudicion de Venegas, juicio de Saavedra, discrecion de Solis, decoro de Cervántes, pureza de Quevedo, facilidad de Granada, número de Hortensio, hermosura de Manero: y así en otros muchos, considere bien las perfecciones que en sus obras brillan mas, y tenga bien entendido que la composicion simétrica de todas ellas es la idea única de la verdadera elocuencia. Aspiremos á ella.

DON G. MAYANS Y SISCAR.

AVISO Á LAS DAMAS.

Los adornos del cuerpo han robado á Vms. siempre toda la atencion. ¿Y los del espíritu? Se han tratado con pereza y con descuido, ó se han quedado del todo olvidados, que es lo mas comun. La dama que ha debido á la naturaleza el beneficio de hermosa ha hecho consistir todo su mérito en serlo, y ha gozado de los privilegios y preeminencias de linda, hasta que las viruelas, las canas y otras pensiones de que no están exentas las bellezas, les han robado del semblante los títulos de la posesion. Aquellas á quienes en su formacion miraron con ceño las Gracias, y cuya deformidad las inhabilita para hacer conquistas, han procurado siempre corregir la naturaleza, enmendando ó disminuyendo los defectos con el adorno, sin reflexionar que rara vez produce este otro efecto, que el de hacer mas risibles é intolerables las imperfecciones que quizá hubiera disimulado una cuerda resignacion: semejantes á los pintores poco diestros, que no pudiendo representar y animar las gracias del natural, adornan sus pinturas con preciosos vestidos y ricas joyas. En una palabra, todas Vms., señoras mias, quieren parecer y ser tenidas por hermosas; este es el negocio de estado, que jamás pierden Vms. de vista. La esperanza de adquirir el título y la fama de linda lleva consigo mil hechizos, y es la pasion

dominante. De aquí nace el recibir con los brazos abiertos todos los artificios conducentes á este fin, y que (aún sin entrar en cuenta el buen acogimiento que hallan los secretos, ó por mejor decir, embustes de los charlatanes y de los empíricos) son pocas entre Vms. las que ignoran las virtudes del rocío del mes de Mayo, y ménos las que no tienen de repuesto alguna receta para conservar la tez, tal cual pasta para suavizar el cútis, su cierto ingrediente contra las pecas y manchas del rostro, varias salserillas para desterrar la palidez, y algun específico para acudir á urgencias de no ménos importancia: en fin, al ídolo de la hermosura se sacrifican todos los desvelos y las incomodidades.

CLAVIJO Y FAJARDO.

LA ELOCUCION PROFANA Y LA SAGRADA.

Todas las circunstancias que en Aténas y Roma antiguas favorecieron el imperio y progresos de la elocucion profana, las mismas y otras mas poderosas debian favorecer á la elocucion sagrada entre nosotros. Si aquella se fomentó y alimentó con la libertad republicana; la otra se habia criado con libertad apostólica. Si aquella en las antiguas repúblicas hacia parte de su constitucion, pues sin ella no habia ni gobierno ni estado, esta en las repúblicas cristianas es uno de los principales cargos del ministerio pastoral. Si aquella era la que dictaba leyes y las abolia, la que ordenaba la guerra, la que conducia á los ciudadanos al campo de batalla, y la que consagraba las cenizas de los que habian muerto peleando por la patria; esta es la que dicta las reglas de la perfeccion cristiana, la que arma y guarnece la fragilidad humana contra las asechanzas de los vicios, y la que celebra la memoria de los héroes que triunfaron de las pasiones y de la misma muerte. Si aquella era la que desde la tribuna velaba contra los tiranos, y hacia resonar en los oidos de los

ciudadanos las cadenas de la servidumbre que les amenazaban; esta es la que desde el púlpito predica la redención del género humano del cautiverio del pecado, un pacificador y medianero entre Dios y el hombre, un nuevo orden de justicia, una vida futura, grandes esperanzas y grandes temores para la eternidad. Entre aquellos republicanos, la elocuencia política vino á ser un espectáculo público, y entre nosotros lo es la elocuencia sagrada. La primera tenía un poder irresistible, porque no solo gobernaba las opiniones, sino la opinión de todo un pueblo congregado, donde su fuerza es terrible, porque allí la fuerza de cada individuo se multiplica por la de todos juntos: así es que apenas ha habido grande elocuencia, sino delante del pueblo.

Siendo así, como acabamos de referir, ¿cuánto mayor estímulo no debe comunicar la elocuencia del púlpito al que predica la palabra del Señor? A mas del espíritu religioso que anima é inflama, al contemplar el predicador una muchedumbre inmensa de oyentes que colgados inmóviles de su boca, se poseen de los afectos que mas le penetran; que sollozan, tiemblan, se enternecen á voluntad, debe todo esto á la verdad servirle de un dulcísimo incentivo para usar de toda su valentía, y para unir á la perfección del arte el señorío de los corazones. Delante de la muchedumbre vibraba rayos Demóstenes, al mismo tiempo que la elocuencia estaba prohibida dentro del Areópago. Delante de la muchedumbre desplegaba la fuerza de su elocuencia Tiberio Graco; y Ciceron era mucho mayor orador cuando hablaba al pueblo, que cuando razonaba en el senado. Parece que la elocuencia no solo necesita de una concurrencia universal, y que á esta la pueda conmover, sino de hombres á quienes pueda infundir sus pasiones á su arbitrio: porque para ser verdaderamente elocuente, es menester que el que habla sea igual á los que le oyen, y aún, á las veces, que tenga ó tome cierto dominio sobre ellos. Tal es el orador sagrado, que hablando en nombre del Altísimo, es el único en las monarquías que puede desplegar á presencia

del pueblo, de los Grandes, y aún de los Reyes, aquella suerte de autoridad, y aquella franqueza arrogante y libre, que en la república daba á los antiguos oradores la igualdad de los ciudadanos, y una misma patria, cuya defensa á todos pertenecía.

CAPMANY, *Disc. de la eloc. esp.*

LOS HIPÓCRITAS.

HOMBRES incapaces por sus prendas personales de hacerse lugar en la estimación pública, por la cual anhelan: hombres que aspiran á las recompensas debidas al mérito verdadero de que ellos carecen: hombres anegados en vicios y abominaciones, que buscan en el sagrado del poder y de las dignidades la impunidad de sus delitos; estos son los que, por satisfacer sus pasiones, toman la máscara de la religión, los que mienten piedad, los que se apellidan defensores del cielo para oprimir la tierra, los que venden á Dios por mandar á los hombres. Estos mónstruos soberbios y tiranos con sus inferiores, á los cuales huellan como á despreciables insectos, son aduladores infames, viles esclavos de los magnates de cuya mano esperan su fortuna. ¿Cuántas amarguras paladean para ganar su gracia! ¿Cuántas bajezas acometen! ¿Cuántos vilipendios arrostran! Sufrir á todas horas desprecios, ponderarlos como favores, estudiar semblantes, adivinar pensamientos, lisonjear pasiones, canonizar vicios, tal es la perpétua ocupación y agradable empleo que hacen de la vida estos miserables. Pero ¿qué importa? al fin, logran su propósito, y se levantan, y se engrandecen y triunfan; y ¡ay de aquellos que tuvieron la desgracia de no ser sus amigos! ¡Ay mil veces de aquellos que á fuerza de virtudes ponen de manifiesto la hipocresía de su conducta! Cuantos hagan sombra á su ambición desenfrenada serán víctimas lastimosas de sus ánimos implacablemente ren-

corosos. La calumnia, la perfidia, los venenos, los asesinatos, . . . no hay atentado, por atroz que sea, á que no se arrojen, como puedan por este medio aumentar una piedrecilla al edificio de su fortuna; pero ¿qué digo? si echan mano hasta de la ingratitud, siempre que su interés les dicta que paguen los beneficios de sus protectores con persecuciones y con muerte!

CIENFUEGOS, *Elog. del. Marqués de Sta. Cruz.*

CONTRADICCIONES DEL HOMBRE.

Sus mismos descubrimientos le encaminaban al término de la felicidad que buscaba; y hubiera sido feliz, si supiera detener los pasos á su precipitacion. Mas ¿en qué tiempo fué el destino de esta voluble criatura contenerse en los límites de lo que necesita para su bien, y conservar las cosas en el estado conveniente á su uso? Halla los remedios, y corrompiendo en el instante el antídoto, con lo mismo que creyó hacerse feliz se hace miserable. Aumenta sus necesidades, despues de expeler las que le oprimian. Corre inconsiderado á un extremo, huyendo de otro. Busca la línea del bien, y pasando ciego sobre ella, la pisa y deja detras de sí. Se aparta tímido de la infelicidad, é inventa nuevas infelicidades que sufre animosamente, por que son hijas de su capricho, y no de la naturaleza. Convierte en ostentacion el abrigo: en crápula la sazón de los alimentos: la cultura en afeminacion liviana: reduce á ceremonias frívolas los vínculos de la sociedad: hace necesidad de la profusion: alaba la virtud, y sujeta la estimacion al traje: castiga á un bandido, y llama héroe á un usurpador magnífico: sus acciones son una perpétua contradiccion de los sentimientos que profesa en el labio, y su vida no es mas que una completa repugnancia entre lo que cree y lo que practica. ¿Qué puede ser la sabiduría en un ánimo que tan desatinadamente se daña con los mismos bienes que busca para su provecho, y tiene en sí, no sé por cual especie de fatalidad, el amargo destino de

corromper aquellos medios, que él mismo halla para vivir con ménos congojas? De entre los horrores de la discordia salió la soberanía fundando las repúblicas y los imperios, que afirmados en los cimientos de la legislacion, establecieron aquella seguridad que hoy gozamos, debida ménos á nuestra voluntad que al cuidado de la Providencia. Dividióse la atencion política en diversos objetos, ya internos, ya externos, á que daba materia esta grande y universal sociedad de naciones. Varones que no tuvieron mas filosofía que las inspiraciones rectas de la luz natural, introdujeron la cultura y virtud en algunas sociedades con pequeño número de leyes, cuyas prisiones fuesen seguridad, y no yugo de los que habian de obedecerlas: modificaron diestramente las sociedades que ya hallaron formadas, y á semejanza del hábil piloto, no destruyeron la nave del Estado para construirla á su modo de nuevo, sino que, dándole varios movimientos, la encaminaron por los mejores rumbos. Nació mucho despues la Filosofía, y con ella el arrogante desprecio de cuanto habien pensado y establecido los que no se anticiparon á aplicarse el misterioso título de filósofos. En el instante, sin consideracion á las relaciones siempre alterables que hay entre los estados, y á lo instable y vario de los aspectos que cada uno de ellos suele tomar de siglo en siglo, se vieron nacer sistemas, no de la correccion, sino del trastorno de la comunidad, nivelando las legislaciones con la cuerda uniforme de unos principios fijos, como si fuese posible que los hombres durasen siempre en unas mismas costumbres y pensamientos. Su ambicion de enseñar, disfrazada con máscara de zelo, no les permitia ver que la política no es el arte de fundar repúblicas, negocio que ha estado en todos tiempos al cargo de la violencia, de la rebelion, ó de la casualidad; sino la prudencia en introducir y mantener la felicidad en el estado, deduciéndola de su misma constitucion y afirmándola en su principios fundamentales.

D. JUAN PABLO FORNER, *Orac. apologét. por la Esp.*

ELOGIO DE CÁRLOS III.

Sí, españoles, ved aquí el mayor de todos los beneficios que derramó sobre vosotros Cárlos tercero. Sembró en la nacion las semillas de luz que han de ilustraros y os desembarazó de los senderos de la sabiduría. Las inspiraciones del vigilante ministro, que encargado de la pública instruccion, sabe promover con tan noble y constante afan las artes y las ciencias, y á quien nada distinguirá tanto en la posteridad, como esta gloria, lograron al fin restablecer el imperio de la verdad. En ninguna época ha sido tan libre su circulacion: en ninguna tan firmes sus defensores: en ninguna tan bien sostenidos sus derechos. Apénas hay ya estorbos que detengan sus pasos; y entre tanto que los baluartes levantados contra el error se fortifican y respetan, el santo idioma de la verdad se oye en nuestras asambleas, se lee en nuestros escritos, y se imprime tranquilamente en nuestros corazones. Su luz se recoge de todos los ángulos de la tierra, se reune, se extiende, y muy pronto bañará todo nuestro horizonte. Sí, mi espíritu arrebatado por los inmensos espacios del futuro, ve allí cumplido este agradable vaticinio. Allí descubre el simulacro de la *Verdad* sentado sobre el trono de Cárlos: la *Sabiduría* y el *Patriotismo* la acompañan: innumerables generaciones la reverencian y se le postran en derredor: los pueblos beatificados por su influencia le dan un culto puro y sencillo; y en recompensa del olvido con que la injuriaron los siglos que han pasado, le ofrecen los himnos del contento, y los dones de la abundancia que recibieron de su mano.

¡O vosotros, amigos de la patria, á quienes está encargada la mayor parte de esta feliz revolucion! miéntras la mano bienhechora de Cárlos levanta el magnífico monumento que quiere consagrar á la sabiduría; miéntras los hijos de Minerva congregados en él rompen los senos de la naturaleza, descubren sus íntimos arcanos, y abren á los pueblos indus-

triosos un minero inagotable de útiles verdades; cultivad vosotros noche y dia el arte de aplicar esta luz á su bien y prosperidad: haced que su resplandor inunde todas las avenidas del trono, que se difunda por los palacios y altos consistorios, y que penetre hasta los mas distantes y humildes hogares. Este sea vuestro afan, este vuestro deseo y única ambicion. Y si quereis hacer á Cárlos un obsequio digno de su piedad y de su nombre, cooperad con él en el glorioso empeño de ilustrar la nacion para hacerla dichosa.

Tambien vosotras, noble y preciosa porcion de este cuerpo patriótico, tambien vosotras podeis arrebatat esta gloria, si os dedicais á desempeñar el sublime oficio que la naturaleza y la religion os han confiado. La patria juzgará algun dia los ciudadanos que le presentéis, para librar en ellos la esperanza de su esplendor. Tal vez correrán á servirla en la Iglesia, en la magistratura, en la milicia; y serán desechados con ignominia, si no los hubiereis hecho dignos de tan altas funciones.

Por desgracia, los hombres nos hemos arrogado el derecho exclusivo de instruirlos, y la educacion se ha reducido á fórmulas. Pero, pues nos abandonais el cuidado de ilustrar su espíritu, á lo ménos reservaos el de formar sus corazones. ¡Ah! ¿de qué sirven las luces, los talentos; de qué todo el aparato de la sabiduría, sin la bondad y rectitud del corazon? Sí, ilustres compañeras, sí, yo os lo aseguro, y la voz del defensor de los derechos de vuestro sexo no debe seros sospechosa: yo os lo repito: á vosotras toca formar el corazon de los ciudadanos. Inspirad en ellos aquellas tiernas afecciones á que están unidas el bien y la dicha de la humanidad. Inspiradles la sensibilidad, esta amable virtud que vosotras recibísteis de la naturaleza, y que el hombre alcanza apénas á fuerza de reflexion y de estudio. Hacedlos sencillos, esforzados, compasivos, generosos; pero sobre todo, amantes de la verdad, de la libertad y de la patria. Disponedlos así á recibir la ilustracion que Cárlos quiere vincular en sus pueblos, y preparadlos para ser algun dia recompensa y conso-

lacion de vuestros afanes, gloria de sus familias, dignos imitadores de vuestro zelo, y bienhechores de la nacion.

D. MELCHOR GASP. DE JOVELLANOS.

HISTORIA DEL NUEVO MUNDO.

Hizose á la vela Colon del puerto de la Navidad el 4 de enero del año 1494. Gobernó al Este á vista de la costa, prendado de la bondad del país, todo llano hasta bien cuatro leguas la tierra adentro, y sembrado de poblaciones grandes. Aquí acalorada su imaginacion creyó que esta isla era la Cipango diseñada en la carta de Toscanelli. El siguiente dia llegó á un cerro eminente que se levanta al extremo de una península á modo de monton de trigo ó tienda de campaña, obra de diez y ocho leguas del Cabo Santo. Dióle por nombre Monte-Christi, el cual retiene hasta el presente, aunque algunos le llaman tambien la Granja por su figura. Surgió al lado occidental de ese cabo en la bahía donde desagua el Yaque, que entónces se denominó rio del Oro, por haberse hallado entre sus arenas copia de oro menudo y aún granos como lentejas. El 6, insistiendo en la empezada ruta adelante de Monte-Christi; se encontró la Pinta que venia del opuesto rumbo con viento en popa. Sin duda Martin Alonso supo que no andaba léjos su general, y se vino para él, esperando así obtener mas fácil perdon del pasado yerro. Procuró disculparlo con la fuerza del viento que le obligó á separarse contra su voluntad y seguir la via de Levante: donde descubrió siete islas, que debieron ser la Inagua, algunas isletas de los Caicos y demas contíguas hasta los Abreojos ó bajos de Babueca. De este paraje vino á la Española tres semanas ántes, y contrató con sus naturales en varias partes, especialmente en un rio en que estuvo diez y seis dias. Empero su relacion misma puso de manifesto la falsedad y debilidad de la excusa. La experiencia y el tiempo

empleado en el camino hicieron ver, que habia navegado contra el viento reinante en alas de la presuncion y la codicia. Además pareció por los dichos de los compañeros, que frustrada la esperanza de encontrar la opulenta isla de Babeque, vinieron sobre de la Haití guiados de los lucayos; y que Martin Alonso adquirió para sí con los rescates del rey cuantiosas sumas de oro, reservándose la mitad á título de capitan, y distribuyendo el resto entre la gente para tenerla grata y á su devocion. Con todo eso le recibió Colon amistosamente y disimuló sus sentimientos, como habia hecho repetidas veces, temeroso que los espíritus y partido de los Pinzones no moviesen alguna sedicion que aventurase el fruto de sus trabajos, y los bienes que de su feliz descubrimiento podian resultar el estado y á la cristiandad. A esta causa deseaba salir de su compañía, y partir á España sin detencion.

Volvió á surgir al puerto de Monte-Christi para hacer aguada en el Yaque, y emprendió su viage por el Este al largo de la costa en 9 de enero, reservando para otra vez seguir el rastro de las minas bien patente en las arenas del rio, y reconocer una vega que se ofrecia á la vista en extremo hermosa y dilatada. Vió á lo léjos en el mar tres peces disformes con cabeza algun tanto semejante á la humana, de cuya especie habia observado otros en la costa de Guinea, teniéndolos por las fabulosas sirenas, aunque no de la hermosura que las suponen. Acaso eran manatíes hembras, que suelen denominar el pece mujer. Mayor extrañeza debieron causar las tortugas del tamaño de rodela grandes, que tomaron en tierra, habiendo surgido á las 15 leguas de Monte-Christi, junto á un cabo que se llamó punta Roja. El 10, entraron ámbas carabelas en la boca del rio de Martin Alonso, cuyo nombre mudó el General en el de Gracia, aunque prevaleció el primero de su descubridor. Habia este llevado por fuerza cuatro hombres y dos mujeres mozas; y Colon les restituyó con usura la libertad, mandándoles vestir y regalar muchas bujerías. Que así juzgó conveniente al ser-

vicio de los reyes tratar y honrar á sus vasallos, cuales reputaba los moradores de todo lo descubierto, mayormente á los de esta isla tan abundante de oro y en que dejaba hecho asiento de españoles. El siguiente dia reconoció un buen puerto al pié de una sierra como plateado con las nubes de que estaba cubierta; y por esto les dió nombre monte y puerto de Plata.

D. JUAN BAUTISTA MUÑOZ.

EL SACERDOCTO.

HABIAMOS de ser los sacerdotes, no como astros errantes, ni como ígneas exhalaciones, que pareciendo ser del linaje de las estrellas, desfallecen al punto, juntando con el nacimiento su ocaso; como otros astros sí, que lucen é influyen para bien del universo. Yo os ruego, amados señores míos, que mediteis las propiedades, y bellas prerogativas de los astros. Estos siempre viven fijos en el cielo: por desmedida que en sí sea su grandeza, parecen pequeños en los ojos de los hombres: tan serenos, tan inmutables en su ser y lucimiento, que no los altera el desconcierto de los elementos, ni la discordia de las causas naturales; tan distantes viven de la tierra. Su empleo para que Dios los crió, es lucir entre las tinieblas, dirigir á los caminantes, sustentar los vivientes con sus benéficas y secretas influencias: su naturaleza y esplendor no se ceba con alimento de la tierra, sino de la sustancia y abundancia del sol; por eso su llama no denigra, ni hace humo como la de por acá. Es tal el privilegio de su inmarcesible pureza, que entra y sale su luz intacta de cualesquiera sitios, por ásperos ó inmundos que sean. Siempre son ágiles, siempre veloces en su carrera para derramar su luz á todas partes; y lo que es mas digno de misterio, entre los dicterios y oprobios que les hacen, son un perpetuo ejemplar de paciencia. . . . ¡O sacerdotes del Altísimo! por lo excelso de vuestra dignidad, por el carácter que os

eleva y os distingue, habíais de ser como lumbreras, que ilumináseis el orbe cristiano: como astros de primera magnitud en el firmamento de la Iglesia para bien del Universo: fijos con vuestro corazón en el cielo, retirados de la zozobra y vehetría, que traen consigo los negocios y cuidados de la tierra: tan vecinos al sol de justicia, tan sobrepuestos al tumulto y reveses de vuestros apetitos, que no fuesen capaces de alterar el sosiego de vuestro corazón, ni oscurecer el sol de la razón.

Habíais de ser como soberanas inteligencias, ágiles para instruir, prontos para enseñar, despiertos para dirigir entre las sombras y noche del terror y la ignorancia, en que viven los seglares. Id como inteligencias celestiales y ángeles veloces á una nación deshecha y dilacerada; y como las estrellas no viven del alimento terreno, de que se sustenta la luz material de por acá, así vuestras aficiones y deseos no se habian de cebar con el pasto de la ambición de las rentas ó ascensos, ni con el cebo del deleite y huelgo de los sentidos: no con los respetos de carne y sangre, sí con los respetos divinos, y trato familiar con Dios, sin que la persuasión, el temor, ó lisonja de los hombres os pudiese apejar del sosiego y quietud de vuestra vida.

Si quereis examinar los ejercicios y vida de un pastor, á quien un amo encarga el cuidado de su rebaño, hallaréis que es práctico en el conocimiento de sus ovejas, y solícito en adecuarlas. El conduce su grey á los pastos y dehesas saludables, y las recoge al aprisco, para que no perezcan, ó no se pierdan con las tinieblas de la noche; él va delante de sus ovejas, él aguanta con paciencia y sufrimiento el frío, el aire, el sol é inclemencias de los elementos: velar de noche, defender su rebaño de los lobos, ahuyentar las serpientes, abrigar los tiernos corderillos, prohibirle los pastos agenos vedados: curar á la que enfermó, conducir en sus hombros la descarriada ó perdida, son trabajos y cotidianos ejercicios, que intima la obligación de su empleo.

P. PEDRO DE CALATAYUD.